

dad terrible de Werther ó la duda enfermiza de Byron, el hombre acostumbrado á bañarse, como en el éther, en la fe viva que Lamartine consagró á Dios ó Víctor Hugo al Hombre. Cuanta distancia del clasicismo académico en que David se holgaba y que creía ortodoxia del arte al romanticismo del gran Delacroix trastornado, como al asalto de una borrachera divina y sublime, al contacto de la orgía de colores que llevaba en su retina. Existen diferencias grandiosísimas entre unas y otras obras de arte y entre unos y otros aspectos de la ciencia, y entre unos y otros temas de la misma religión, por no hablar de la política, tan sujeta de suyo á fases múltiples y varias; pero en tres lustros de seguro se desarrollan dentro de los pueblos civilizados todas las propensiones fundamentales del espíritu moderno. Seguid las fases de este espíritu, por lustros, en un período de cien años, y habréis seguido, sin quererlo y sin advertirlo quizás, la Historia del siglo en todo su desarrollo, historia reveladora, que os iniciará en la inteligencia de lo pasado, en el estudio de lo presente, y en las previsiones de lo porvenir.

Yo sé muy bien que jamás suele un siglo presentarse aislado en el tiempo como se presenta una personalidad aislada en el espacio. Depende un siglo de otro en los sistemas históricos á la manera que depende un planeta de su sol y un satélite de su planeta en los sistemas solares. Un período de tiempo vecino á nosotros se comprende por otro período de tiempo precedente y lejano. La crítica de la razón pura en el siglo anterior, que crea un individuo tan sabio en Metafísica y que somete lo creado y lo increado á nuestro juicio y criterio, explica la expansión liberal y las instituciones democráticas del siglo corriente. ¿Cómo hubiera venido el pensamiento á doblar la Historia y á completar el espíritu con la Naturaleza y con el arte si la disminución del poder espiritual antiguo y de su teocracia no deja cierta libertad al pensamiento para moverse y espaciarse? Observad las fases del espíritu. El paganismo no se concluye hasta que ha dado, además de las ciencias y las artes helénicas, la política y el derecho de Roma, tendiendo en su período último, resumen verdadero de todo aquello antes ideal y teórico, á una práctica é inmanente aplicación del pensamiento filosófico por medio del estoicismo á la moral; por medio de la jurisprudencia renovada en los edictos del pretor á la legislación; por medio del Imperio y la unificación del género humano á la política; por medio del eclecticismo latino, paralelo del sincretismo

alejandrino, á la síntesis de las artes y de las ciencias, terminando y concluyendo así aquella idea ó espíritu. Pues lo mismo que pasa con el paganismo desarrollado y cumplido hasta en sus últimas consecuencias y aplicaciones, para dejar paso al Catolicismo, pasa con el Catolicismo, que llega en el siglo décimo-tercio á su plenitud; pero del siglo décimo-tercio en adelante, concluida la gran evolución teocrática con Inocencio III, con la Suma de Santo Tomás, con el arte gótico, con la pintura bizantina, empieza el espíritu moderno á despertarse por medio de las literaturas y de las lenguas nacionales, que lanzan sus primeros balbuceos, y por medio de las monarquías, que inician con rigor su guerra contra el feudalismo é inician con suma prudencia su separación y desasimiento del poder pontificio, tendiendo á constituir un poder absoluto, mas también civil y laico. Pues así como la conclusión y término de la idea pagana trajo la teocracia católica, la conclusión y término de la teocracia católica trajo el espíritu nuestro, esa especie de aire vital en que respiramos y nos nutrimos ahora. Por tanto, una vez comenzada la dirección emprendida por la sociedad hacia el cumplimiento de otros ideales, cada siglo aporta un elemento á la cultura europea. Si el siglo décimo-cuarto las literaturas modernas, el siglo décimo-quinto el renacimiento. Si el siglo décimo-quinto el renacimiento, el siglo décimo-sexto la reforma. Si el siglo décimo-sexto la reforma, el siglo décimo-séptimo la filosofía. Si el siglo décimo-séptimo la filosofía, el siglo décimo-octavo la revolución. Si el siglo décimo-octavo la revolución, este gran siglo nuestro, el mayor de los siglos, trae como el resumen de todo este gran movimiento iniciado desde las primeras cismas de Occidente y continuado con la libertad de innumerables siervos, y el establecimiento de cien gobiernos libres, y la increíble aparición de tantas nacionalidades, y el impulso dado á los universales progresos, y la gradual abolición de los privilegios, y el sentido más humano de que van penetrándose todas las legislaciones, y la emancipación del espíritu en su conciencia, en su razón, en su voluntad, y el advenimiento de la democracia que asegura los derechos individuales con el gobierno de los pueblos por sí mismos, y las saludables aplicaciones de los principios científicos á la industria, y la mayor amplitud del comercio, y la libertad del trabajo: brillantísimo ciclo de reformas y grandezas, cuya virtud entera solo alcanzarán los siglos venideros.

Indudablemente la Historia tiene sus leyes. La civilización camina, como

el sol, de Oriente á Occidente. Terrible panteísmo materialista envuelve á los pueblos primeros del Asia, que viven á una en las entrañas del Universo. Pobre simiente contenida en estrecha película, mísero feto pegado al vientre de su madre, y por el jugo maternal nutrido, el primer hombre apenas se distingue de la materia, ni se aparta del mundo animal. La Historia no comenzó sino con las sociedades humanas; y las sociedades humanas primitivas, como el hombre mismo, se adhieren mucho, en sus primeros días, á la Naturaleza, y con la Naturaleza tristemente se confunden. Así, antes de las primitivas sociedades, mucho antes, se desarrolla un período llamado prehistórico, en el cual apenas el hombre acierta, por lo incipiente de su vida natural, á mirar la luz, y apenas usa instrumento alguno de industria que lo lleve á dominar sobre la fuerza. Cuando ve uno las habtaciones lacustres y los artefactos prehistóricos asómbrase del tiempo que habrá necesitado con ver tan sometida la materia, para someter á su avasallante soberana, y recabar por las revelaciones interiores de su inteligencia y por los impulsos de su energía la libertad. Las primeras sociedades, envueltas en el seno de la Naturaleza por medio del panteísmo materialista, se organizan en castas. Y cuán mísera la suerte humana, cuán triste y nefasta la estrella que preside á los humanos destinos en el tiempo, si vemos que la sumisión por medio de castas inferiores del vencido al vencedor resulta un progreso, porque antes el vencedor sólo se acordaba del vencido para entregarlo al exterminio. Naturalmente, sociedades así no podrán renovarse, sino renovándose antes su religión, y apareciendo en el escenario, donde representan la gran tragedia de su vida, un verdadero profeta. En la India, como en la China, vemos sobreponerse á sus religiones primitivas otra nueva representada por Buda. Pero en uno y otro pueblo, religioso el indio y positivista el chino, desde tiempo inmemorial, subsisten las castas, mucho más naturales é históricas entre los primeros, artificiosas y burocráticas entre los últimos. Cuando estalla el principio de contradicción en los dogmas y los imperios ó Estados se fundan en las orillas del golfo pérsico, bien puede asegurarse que comienza el hombre á caminar, porque si la guerra es contradicción y es odio, también es movimiento, saludable siempre, pero mucho más cuando el paralítico espíritu necesitaba moverse. La religión sabeísta idolatró á los astros; mas los astros aparecieron como divinas individualidades, y en esta individualización de la divinidad panteísta se oculta-

ban gérmenes rudimentarios de futuros progresos. Las personalidades divinas comunicaron al hombre la idea de una personalidad humana verdaderamente inmortal. Aquella religión de la muerte profesada por los egipcios infundió el calor de la vida en el seno de la humanidad. Correspondiéronse con las individualidades y personas divinas las momias conservadas en los olorosos ataúdes. La esfinge se levantó á las puertas de los templos con su cabeza humana y su cuerpo completamente animal, como si el arte hubiera querido con sus intuiciones sobrehumanas mostrar allí, en aquella obra suya, el estado intelectual y moral á que había llegado la Humanidad. El Egipto estaba, pues, destinado á ser como la escuela de los dos pueblos á quienes debemos las bases graníticas de las sociedades modernas, el heleno y el hebreo. De un lado iniciaba en sus misterios á Moysés, y de otro lado iniciaba en sus misterios á Pitágoras. Y mientras tal escuela se fundaba en las tierras de África, que allende el Mediterráneo, como al mediodía de Grecia se extienden; un mercado se fundaba en la península que baja del Líbano al mar, y que se llama Fenicia. En la escuela misteriosa del Egipto los griegos aprendían aquella idea de la individualidad, que había de producir su politeísmo, sus ciudadanos, sus ciudades, sus repúblicas. Y en el rico mercado aprendieron los griegos, á su vez, el cambio de productos y el método colonizador, que les llevó á dejar con el surco de sus naves civilizadoras estelas de cultura y con sus hermosas colonias aras del nuevo espíritu. Lenta, muy lentamente va surgiendo del seno de la Naturaleza este gran escenario de la libertad, y tallándose así en las esfinges antiguas la nueva personalidad humana. Con razón se ha dicho que comienza en Grecia la Historia.

II

Verdaderamente no podéis iniciar la historia de siglo alguno moderno sin volver los ojos á la madre Grecia. Desde los símbolos y formas del arte hasta las nomenclaturas del saber, todo le pertenece. En el ideal de nuestras instituciones, en el Verbo de nuestra religión, en las armonías de nuestra lengua se contiene algo de la tierra civilizadora por excelencia. Y no podía menos; porque, tomando á la India los dioses, las bases de toda su teogonía; y al Egipto los dogmas, las bases de toda su moral; y á la Fenicia el